

Una bendición sagrada

Una vieja con la cabeza coronada por un moño blanco parecido a una caracola caminaba con paso tembloroso apoyada en un bastón nudoso. Exhibía orgullosamente un rollo envuelto en un brocado. Tras años de privaciones había podido comprarse una *thangka*, una imagen santa de grandes dimensiones pintada por un reputado artista, que representaba a Chenrézi, el *bodhisattva* de la compasión infinita. Pero antes de colgarlo sobre el altar familiar, tenía que

llevarlo a un lama para que lo bendijera. Sólo una pintura consagrada según las reglas tenía la virtud de establecer un vínculo mágico con la divinidad.

La anciana cruzó el laberinto de calles de la aldea que se extendía escalonadamente por la ladera de la montaña. Por encima de esta aldea se erguía la majestuosa silueta blanca de un monasterio, guardián secular del valle. A la beata le quedaba un gran trecho por recorrer, pues desde la calle más alta de la aldea hasta las puertas del recinto sagrado un camino de mulas especialmente escarpado serpenteaba a lo largo de más de trescientos pasos.

Al salir de la aldea, la anciana tuvo que sentarse sobre un muro de piedras secas para recuperar el aliento. Apareció entonces un vagabundo con pinta patibularia, barbudo y peludo, con grandes aros en las orejas, arco y carcaj en bando-

lera y un perro pisándole los talones. Encima de su ropa mundana llevaba anudado descuidadamente un chal rojo y descolorido, el color distintivo de un practicante de tantras. Pero ¿qué adepto auténtico de la santa doctrina de Buda se dedicaría a cazar? La vieja pensó que seguramente se trataba de uno de esos mendigos que se hacían pasar por un *naldjorpa*, un yogui errante, o peor aún, un salteador de caminos. Enseguida se puso en marcha, pero el vagabundo la abordó:

—¿Adónde vas, mujer?

—Llevo a bendecir esta *thangka* arriba.

Y señaló el monasterio con la punta de su bastón.

—No vale la pena hacer todo ese camino, ya lo haré yo por ti. ¿Acaso no soy un maestro del Dharma?

—Gracias, pero prefiero que sea el santo abad del monasterio quien la bendiga. Él es un *rimpoche*.

—¡Él o yo, qué más da! Precisamente el abad es mi hermano menor. ¡Venga, enséñame tu famosa *thangka*!

De mala gana, y sin saber cómo desembarazarse de aquel hombre enojoso que quizá fuera después de todo un verdadero yogui, la anciana le tendió su precioso rollo. El errante desenrolló la pintura, la examinó con ojo experto y dijo:

—No está mal, es un buen trabajo. Voy a consagrar esta imagen santa como se merece, con mi *vajra* secreto y mi agua lustral.

Y el asceta se levantó el *tchouba*, empuñó su sexo y, ante la mirada atónita de la devota, se orinó sobre la pintura.

La devota gritó y levantó el bastón para golpear al loco sacrílego, que se esfumó sin decir ni pío, dejando sobre el polvo del sendero la *thangka* manchada

de gotitas doradas. Al oír los gritos de la anciana varios aldeanos acudieron a ver qué ocurría. Indignada, ésta les contó su desventura y se sentó sin poder parar de sollozar en medio del sendero. Para calmar a la anciana, la subieron a una mula, le colocaron el rollo manchado entre las manos y la llevaron hasta el monasterio. Cuando hubo contado de nuevo la conducta escandalosa del vagabundo trastornado, el abad se echó a reír y exclamó:

—¡Reconozco en lo que me cuenta las maneras de mi hermano Drougpa Kounley, el Loco Divino! No se fíe usted de las apariencias, es un gran lama, un Buda viviente, lleno de compasión. Ha querido evitaros que anduvierais todo este camino. Su *thangka* está bien bendecida, créame, seguramente mejor de lo que podría haberlo hecho yo. Muéstremela, tengo curiosidad por verla.

Cuando el *rimpoche* desenrolló la pintura, ésta resplandeció, toda cubierta de polvo de oro.

Y entonces los ojos de la anciana se iluminaron como los de una joven que se ha cruzado con su enamorado. Su espíritu se despertó a la magia de otro nivel de consciencia, más allá de las engañosas apariencias de este mundo ilusorio.

Y el lama cantó estos versos en homenaje a su hermano:

*Me inclino ante el sublime Drougpa
[Kounley,
el cazador hábil en rastrear la mentira.
Su perro persigue los cinco venenos,
su arco y su flecha atraviesan la
[dualidad.*



El diente de Buda

En una aldea del Tíbet central vivía un mercader que se había enriquecido notablemente comerciando con la India. Todos los años, cuando llegaba el buen tiempo, dirigía una caravana de treinta yaks cargados de lana, sal, turquesas y lapislázuli, y regresaba antes de que cayeran las primeras nieves con un cargamento de especias, té y algodón. Nada original, pues la base del comercio es exportar lo que abunda en un país e importar aquello de lo que anda

escaso, y viceversa. Pero, a diferencia de la mayoría de sus colegas más ricos, y a pesar de los peligros de un trayecto tan largo a través de puertos escarpados infestados de bandidos y de demonios, nuestro comerciante hacía él mismo el viaje. No dejaba que nadie que no fuera él se encargara de regatear. Era un negociador temible y recelaba de las comisiones ocultas que se lleva todo intermediario, con lo que aumentaba considerablemente sus beneficios. Su piadosa madre, que nunca se alejaba de su molinillo de oraciones, le hacía prometer antes de cada uno de sus viajes que le traería una reliquia de la Tierra Santa de los budistas. Y cada vez que regresaba de su profano peregrinaje o, para gran desesperación de la vieja devota, su hijo, ingrato y sin duda un poco avaricioso, nunca cumplía su promesa. En respuesta a los reproches maternos, el hijo ponía

como pretexto las preocupaciones del negocio, los peligros de la expedición, y la rareza y el precio exorbitante de una reliquia auténtica.

Al volver de su último viaje, los remordimientos parecieron apoderarse del comerciante, o quizá no quisiera aguantar de nuevo las lamentaciones de su vieja madre, que con la edad se volvía cada vez más rezongona. Impresionado por la contemplación del esqueleto de un perro que se secaba junto al camino, se le ocurrió una idea luminosa para reparar su olvido y darle una alegría a su querida madre. Sería una mentira piadosa. Sonriendo maliciosamente, cogió una piedra, arrancó un diente de la dentadura del esqueleto del perro, lo envolvió en un trozo de brocado y lo metió en una caja de sándalo con incrustaciones de nácar.

Después de los saludos de rigor, el comerciante le regaló a su madre la cajita

de madera preciosa, afirmando que contenía un inestimable tesoro: ¡un diente del Buda Shakyamouni en persona! Y de paso añadió que lo había comprado a precio de oro. Y es que, como digno representante de su gremio, se había convertido en un maestro charlatán.

La beata rompió a llorar de alegría, se deshizo en agradecimientos e incluso llegó a besar los pies de su hijo. Se apresuró a colocar la venerable reliquia en el altar familiar, y le dedicó muchas ofrendas de incienso y pasteles rituales. Invitó a sus vecinas a que fueran a adorar el diente de Buda y la casa se llenó con el sonido constante de los mantras, los molinillos de oraciones y los rosarios.

La casa de la anciana se convirtió en un lugar de peregrinación. Y un día, a la luz temblorosa de las lámparas de aceite, bajo los ojos brillantes de los devotos, el famoso diente de Buda, objeto de tan-

to fervor, se puso a brillar como una luciérnaga.

Este resplandor sobrenatural no hizo sino aumentar la fama del diente. No había duda de que se trataba de una reliquia auténtica. Las ofrendas de los peregrinos fueron tantas que se pudo construir un templo dedicado a la reliquia.

¿Cómo se llegó a saber el verdadero origen de esta reliquia? Seguramente porque un caravanero que había presenciado el gesto del mercader se liberó, en el ocaso de su vida, de la carga de tan pesado secreto. Se lo reveló, pidiendo que guardara el secreto, a su mujer o a algún compañero de borrachera. Y, ya se sabe, cuando la palabra levanta el vuelo, ni siquiera el cazador más hábil puede capturarla. La historia pasó a figurar en letras de oro en la tradición oral y se convirtió en una leyenda. Y he aquí por qué, en el Tíbet, no se dice que la fe

mueve montañas, no. Entre los colosos del Himalaya se suele decir más modestamente que «la fe puede hacer brillar incluso el diente de un perro».

